

STANISŁAW LEM

Máscara

Traducción del polaco a cargo de Joanna Orzechowska

Los Aerolitos de
IMPEDIMENTA



LA RATA EN EL LABERINTO

Coloqué en los estantes las carpetas que contenían los informes de los experimentos y cerré el pequeño armario. Colgué la llave en una escaupia y me acerqué a la puerta: mis pasos resonaban con fuerza en aquella bochornosa quietud. Cuando extendí la mano hacia el pica-
porte, escuché un ligero susurro, alcé la cabeza y me detuve.

«La rata», se me pasó por la cabeza. «La rata se ha escabullido de la jaula. Es imposible...»

De un solo vistazo, podía abarcar el laberinto desplegado sobre las mesas, pero los sinuosos pasillitos que se entrecruzaban bajo la cubierta de cristal estaban vacíos. Pensé que debía de tratarse de una ilusión, pero no me moví de mi sitio. De nuevo, escuché un rumor procedente de la ventana. Era evidente que unas uñas arañaban el cristal. Me di la vuelta y me agaché de golpe para mirar debajo de las mesas; nada, seguía sin haber nada. Sin embargo, volví a escuchar aquel murmullo, vago e insistente, pero esta vez supe que venía del otro lado, de detrás de la estufa. Eché a correr y, cuando llegué junto a ella, me quedé quieto. Entonces fui girando despacio la cabeza hacia un lado, mirando de soslayo. Silencio. Por segunda y por tercera vez, aquel ruido se dejó escuchar, pero en esta ocasión venía del lado opuesto.

Aparté con brusquedad las mesas, pero allí tampoco había nada. A pocos centímetros de mi cabeza, un sonido como de madera roída. Inmóvil como una estatua, observé la habitación. De pronto, tres o cuatro ruidos fuertes restallaron en el silencio, sobre aquel constante murmullo que continuaba reverberando bajo las mesas. Un escalofrío de repugnancia me recorrió la espalda.

«Bueno, no tendrás miedo de las ratas ahora, ¿verdad?», me reprendí.

De pronto, dentro del armario que acababa de cerrar, distinguí el enérgico rechinar de unos pequeños dientecllos, así que me abalancé contra la puerta, frenético: tras ella, algo blando se agitaba inquieto. Tiré del cierre y una maraña de pelo gris chocó directamente contra mi pecho. Ahogado por un miedo espantoso, sin aliento, presa de un asqueroso calambre en la laringe, me desperté a duras penas, como si para hacerlo tuviese que levantar una pesada lápida con las manos desnudas.

El coche estaba a oscuras. Apenas conseguía distinguir el perfil de Robert bajo la verde luz del cuadro de mandos. Este se echó hacia atrás, relajado, y cruzó los brazos sobre el volante: un gesto, supuse, que le debió de copiar a algún conductor profesional.

—¿Qué pasa contigo? Parece que te cuesta aguantar sentado, ¿eh! Tranquilo, ya estamos llegando.

—El calor que hace dentro de esta lata es sofocante —murmuré mientras bajaba la ventanilla y exponía la cara al fresco viento del exterior. La oscuridad se fue quedando atrás, y tan solo el tramo de carretera que teníamos delante vibraba a la luz de los faros. Íbamos a toda pastilla.

Una curva, luego otra: haces de luz abrían calles alargadas entre los troncos de los altos pinos. Las señales que indicaban los kilómetros brotaban de la oscuridad y se perdían en ella como si fueran pequeños y blancos fantasmas. De pronto, se terminó el asfalto. El Chevrolet comenzó a saltar sobre los baches y se embaló, danzando a través del estrecho camino forestal. Se me puso la piel de gallina al pensar que podríamos toparnos con algún tocón aún sin arrancar, pero no dije nada. Poco a poco, el bosque se fue haciendo menos espeso a ambos lados de la calzada: habíamos llegado a nuestro destino. Como era de

esperar, Robert no desaceleró al borde del claro y frenó en seco justo delante de la pálida tela de nuestra tienda de campaña. Del frenazo, casi se lleva por delante las estacas que tensaban las cuerdas. Quise regañarlo por aquella insensatez, pero recordé que era nuestra última noche juntos y me contuve.

En el apartado de correos de Albana, a Robert le esperaba la noticia de que debía volver a la redacción en dos días, el tiempo necesario para recorrer los casi mil kilómetros de distancia que separaban Ottawa del lugar donde estábamos acampados: había que ir en coche hasta Albana, más tarde había que coger un barco y luego volver a la autopista. Robert me propuso que me quedara solo allí hasta finales de septiembre, tal como teníamos planeado, y yo, por supuesto, me negué.

Nada más abandonar el pueblo aquella misma tarde, no bien salimos a la autopista, ya habíamos atropellado a un conejo. Era el único animal salvaje, sin contar las truchas, que habíamos podido incluir en nuestro botín de cazadores. Lo metimos en el coche y cuando llegamos a la tienda nos dispusimos a preparar la cena. El conejo era viejo y duro, por lo que tardamos mucho en asarlo; a medianoche conseguimos hincarle el diente. La lucha con aquella carne correosa disipó un poco el ambiente fúnebre que reinaba entre nosotros, y, ayudados por la cerveza que guardábamos en el maletero para las ocasiones especiales, como aquella, acabamos relajándonos. De repente, Robert se acordó de los periódicos que habíamos traído del pueblo y fue a buscarlos al coche. La mortecina hoguera apenas iluminaba nada, así que encendió uno de los faros.

—¡Apaga eso! —grité.

—Un momento —dijo, y desplegó las enormes páginas de uno de los periódicos.

—No mereces permanecer en este lugar tan respetable —le dije, encendiendo la pipa—. Eres demasiado burgués. Punto.

—Será mejor que escuches.

Robert se inclinó sobre el periódico.

—¿Te acuerdas del meteoro sobre el que escribieron la semana pasada? Ha vuelto a aparecer.

—Mentira.

—En absoluto. Escucha —dijo. Y se dispuso a leer en voz alta:

Hoy por la mañana [el periódico era del día anterior], el misterioso meteoro se acercó a la Tierra por tercera vez y, al entrar en las capas superiores de la atmósfera, se calentó en extremo para, posteriormente, apagarse a medida que se alejaba. Durante la conferencia de prensa ofrecida en Toronto, el profesor Merryweather, del observatorio astronómico local, desmintió la versión difundida por la prensa estadounidense, según la cual se trataba de una nave espacial que daba vueltas alrededor de nuestro planeta antes de realizar un hipotético aterrizaje. «Se trata de un simple meteoro», declaró el profesor, «un meteoro probablemente atraído por la gravedad terrestre, que se ha convertido en una especie de nueva luna y que gira alrededor de nuestro planeta describiendo una órbita elíptica.» Contestando a la pregunta de nuestro corresponsal —sobre si era razonable esperar que el meteoro cayese sobre la Tierra—, el profesor Merryweather respondió que no se podía descartar tal extremo, ya que al aproximarse a la Tierra, con cada vuelta que daba, el meteoro era sometido a una brusca desaceleración a causa de la fricción con la atmósfera terrestre. El asunto, en el que trabajan numerosos laboratorios, será aclarado en breve...

»Y aquí tengo los periódicos de los Estados Unidos de hace tres días. ¡Hay que ver la que se ha montado!: “Se acerca nave estelar”; “Cerebros electrónicos traducirán el idioma de los seres desconocidos”; “Huéspedes procedentes del cosmos...”. Bueno, bueno —añadió con un toque de remordimiento—, y yo, mientras tanto, perdido en el bosque.

—Pero si no es más que un cuento —dije—. Apaga las luces y tira eso a la bolsa para reciclar.

—Pues sí, se ha acabado eso de fantasear...

En la penumbra, Robert regresó a la hoguera, que se había convertido ya en un montón de ascuas rojas, y añadió unas cuantas ramas secas. Cuando comenzaron a prender, se sentó en la hierba y dijo en voz baja:

—Pero... imagina que fuera una nave de verdad... ¿Por qué te ríes?

—Porque sabía que no lo ibas a dejar estar así como así.

—¡Menudo psicólogo estás hecho! —murmuró Robert, removiendo con un palo la hoguera; esta, en apariencia molesta, liberó un montón de chispas y emitió unos horribles crujidos—. Dime, ¿por qué no puede ser una nave? Venga, dime.

—Te lo diré. Pero antes... ¿dónde está la manta? Del suelo sube mucho frío, parece que va a helar. Vamos a ver, querido amigo, durante los seis mil años de existencia de la civilización terrestre, jamás nos ha visitado vehículo espacial alguno, pues algo semejante habría dejado, sin duda, alguna huella en las crónicas de los pueblos que nos precedieron, y, sin embargo, no hemos encontrado nada. Resulta que la probabilidad de que se produzca un acontecimiento cualquiera puede calcularse en función de su frecuencia, ¿entiendes? Los grandes meteoros caen a la Tierra de tanto en tanto: una o dos veces cada siglo, de hecho. Pero jamás hemos tenido noticias de que hayan caído naves espaciales... En consecuencia, la probabilidad de que aquel cuerpo de fuego que ha sobrevolado la Tierra fuera en realidad un cohete procedente del espacio es prácticamente igual a cero.

—Ya, pero se sabe que... —dijo él, recuperando el ánimo—, que en el universo existen planetas habitados. Si no en nuestro sistema solar, será en algún otro. Por tanto, tarde o temprano, alguna nave tendrá que venir hasta nosotros.

—Oh, sí, es muy posible que eso ocurra. Digamos que... dentro de dos millones de años. O puede que antes, en unos cien mil años, por ejemplo. No quiero preocuparte, como puedes ver...

—Sería un acontecimiento increíble... —Robert soñaba en voz alta—. Verás, las opiniones en esta materia están divididas: unos consideran que semejante contacto con otro mundo nos beneficiaría, mientras que otros, en cambio, suponen que sería el comienzo de una especie de «guerra de los mundos». ¿Alguna de las dos opciones te parece viable?

—Ninguna. Sería tan raro como si a los caracoles les diera por hacerles una visita a las ardillas. No habría comunicación posible. Las diferencias estructurales serían determinantes.

—¿Las estructuras del cerebro?

—No solo las del cerebro, sino las estructuras vitales en general. Incluso si poseyeran la capacidad de expresarse en alguna lengua (lo cual no es seguro), jamás conseguiríamos comunicarnos con ellos...

—Con el tiempo sí, podría hacerse.

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Nosotros, los humanos, somos eminentemente visuales, por lo que la mayoría de nuestros conceptos provienen del área del cerebro que se ocupa de las impresiones ópticas. Los sentidos de esos hipotéticos visitantes podrían basarse en algún otro tipo de percepción, como la olfativa, por ejemplo; o tal vez en otra distinta, alguna que nosotros no podamos siquiera concebir, una percepción basada en la química... ¿qué sé yo! Oye, cada vez hace más frío aquí, echa más leña a la hoguera. Sin embargo, estoy de acuerdo en que las diferencias entre nuestros respectivos sentidos tampoco serían tan determinantes, podrían superarse. Pero una vez sorteado ese obstáculo, veríamos que en realidad no tenemos nada de qué hablar con ellos. Somos extraordinarios creadores y perfeccionadores de toda clase de fundas: para vivir, para cubrirnos el cuerpo, para viajar... Aparte de eso, nos ocupamos de alimentar y limpiar nuestros cuerpos, de movernos de una manera determinada (es decir, practicamos deportes); en todos estos aspectos, al menos, no dispondríamos de un lenguaje común.

—¿Qué sugieres, Karol? No pensarás que vendrían a vernos para hablar sobre moda o sobre deporte, ¿no?

—Entonces, ¿sobre qué vendrían a hablar?

—Pues, no sé... sobre los problemas en general.

—¿Qué tipo de problemas?

—¡Menudo examen me estás haciendo! Pues sobre ciencia, o sobre física, o sobre tecnología...

—Te demostraré que estás equivocado. ¿No tendrás a mano un trozo de alambre? Es que se me ha taponado la pipa. Gracias. Bien, en primer lugar, imagina que su civilización esté desarrollándose en una dirección opuesta a la nuestra; en tal caso, el entendimiento sería extremadamente complicado. Pero incluso si suponemos que su desarrollo, como en nuestro caso, está basado en la perfección tecnológica, las

dificultades a la hora de conversar serían inimaginables. Nosotros aún no somos capaces de recorrer la distancia que nos separa de las estrellas, ¿verdad? Ellos, con su llegada, revelarían que sí pueden hacerlo, por lo que demostrarían ser superiores a nosotros y más adelantados en el plano técnico, pero también en el científico, puesto que ambas cosas van siempre de la mano. Ahora, imagina que un físico contemporáneo, un Broglie o un Lawrence, se topara con un colega nacido hace ciento cincuenta o doscientos años. Seguro que este disertaría sobre no sé qué flogistos, mientras que nuestro contemporáneo hablaría sobre la radiación cósmica, sobre los átomos...

—Está bien, pero nosotros, de hecho, ya tenemos información sobre los átomos. Información de sobra.

—De acuerdo, pero ellos sabrían mucho más sobre ellos; puede que para ellos los átomos representasen un concepto anticuado, incluso podrían saltárselo a la hora de explicar la realidad: es de suponer que habrían solucionado de otra forma la cuestión de la materia. No, no creo que las conversaciones fueran muy fructíferas, ni siquiera en el campo de las ciencias exactas. Y en cuanto a los asuntos del día a día, no creo que encontráramos un punto de coincidencia. Así que, si no sabemos comunicarnos sobre las cosas concretas, es obvio que no podremos hacerlo en todo lo relacionado con las generalizaciones derivadas de aquellas. Otros planetas, otra fisiología, otra vida intelectual... Perteneceríamos, literalmente, a dos mundos diferentes. A no ser que... pero esto sería una fantasía...

—¿A no ser que qué? Habla.

—No, nada... —respondí—. Se me ha venido a la cabeza que, en apariencia, podrían parecerse bastante a nosotros, aunque representaran, eso es cierto, un mundo que nos resultaría totalmente incomprendible.

—No te sigo. ¿A qué te refieres?

—La cuestión... —Y aquí golpeé con el mango de la pipa contra la piedra—. La cuestión es que el hombre ha conseguido un nivel de desarrollo intelectual inusitadamente elevado. Es perfectamente posible que, en condiciones disímiles, pudieran estarse desarrollando dos especies inteligentes, diferentes entre sí...

—Y entre ellas se desataría una lucha, ¿a eso te referes?

—No. Eso supondría adoptar un punto de vista antropocéntrico. Pero dejémoslo, son casi las dos. Vayamos a dormir.

—Ni hablar. ¿Dormir ahora? No, tienes que seguir.

—Vaya por Dios. En fin, si tú quieres... Aunque me parece que me he metido en un embrollo tremendo. Bien, una de estas especies inteligentes podría ser antropoide, pero, con un nivel de desarrollo bajo... se vería dominada por la otra y... Mira, trata de imaginar la siguiente situación: una nave aterriza en la Tierra; descubrimos en ella a unos seres parecidos a nosotros; celebramos que son los conquistadores del espacio pero lo que no sabemos es que, en realidad, solo se trata de formas orgánicas inferiores, ¿entiendes? Formas que los constructores del cohete metieron en el vehículo que lanzaron al espacio de la misma manera que nosotros, en los primeros estadios de la carrera espacial, enviamos monos a orbitar sobre la Tierra.

—Es una buena historia. ¿No se te ha ocurrido que podrías ser un buen escritor de relatos? Posees una imaginación de lo más exuberante.

—No escribo cuentos. Me dedico a cosas más importantes. Pero ahora sí, venga, vamos a dormir. Por la mañana, daremos una vuelta por el lago. Quería... Espera, ¿qué está pasando ahí?

—¿Dónde?

—Allí, sobre el bosque.

Robert se levantó del suelo de un salto. El cielo, que hasta ese momento no había reflejado más que neblina, se iluminaba ahora en el horizonte. Los bordes de las nubes se recortaban en él como en un claroscuro.

—¿Qué crees que es eso? ¿La luna? No, la luz es demasiado fuerte... ¡Mira!

El resplandor aumentó. Al instante, los árboles más cercanos comenzaron a arrojar sombras alargadas sobre el suelo. De pronto, una columna de fuego desgarró las nubes y tuve que cerrar los ojos para que su luz no me cegara. Un calor abrasador me envolvió la cara y las manos mientras el suelo bajo mis pies se estremeció antes de elevarse con una sacudida para, finalmente, hundirse. Después, pudo oírse llegar desde el firmamento el prolongado bramido de un trueno, que aumentaba y disminuía su fragor como una cascada. A través del cre-

ciente estrépito, pude escuchar el crujido de varios árboles al derrumbarse. Como una oleada, un viento caliente nos golpeó el rostro, y la hoguera se apagó; un tizón se estrelló contra mi pierna y el dolor me traspasó la carne. Atragantándome en medio de una nube de cenizas, rodé hacia un lado y esperé lo que me pareció una eternidad con la cara hundida en la hierba. Poco a poco, se fue haciendo el silencio, hasta que solo pudimos escuchar el viento que, inquieto, murmuraba entre las ramas de los árboles que habían logrado sobrevivir. Súbitamente, el cielo volvió a recuperar su negrura y la oscuridad lo envolvió todo de nuevo. Tan solo un resplandor rojizo quedó flotando sobre el horizonte, a lo lejos, en dirección norte.

—¡Un meteoro! ¡El meteoro! —gritó Robert.

Parecía entusiasmado. Se dio la vuelta, se metió de un salto dentro del coche y encendió los faros. Pudimos ver entonces las lonas de la tienda de campaña tiradas por el suelo, los lechos revueltos y cubiertos de brasas apagadas. Robert, corriendo alrededor del coche, me informaba excitado:

—¡Mira, hasta se ha roto el parabrisas! Y ese abeto ha sido arrancado de cuajo... Menos mal que los árboles nos han protegido... Espera, voy a coger los prismáticos. Vamos a la orilla, quizá desde allí veamos mejor qué ha ocurrido.

Iluminados por los faros del coche, avanzamos por un estrecho caminito que bajaba suavemente hasta el borde de la pequeña bahía. A lo lejos, en el tenebroso resplandor, se perfilaban débilmente las curvas de las oscuras piedras que sobresalían de la superficie del agua. Robert escrutaba la oscuridad, mirando con los prismáticos a lo lejos, pero no descubrió nada, salvo un monótono crepúsculo escarlata que refulgía sobre el horizonte, en dirección sur.

—¡Ven! Acerquémonos allí. Quiero verlo de cerca. ¡Amigo, qué noticia tan sensacional...! —gritó Robert.

Deslumbrado por su idea, se dirigió hacia el campamento.

—¿Para tu periódico, te referes? —pregunté intentando ponerme serio, aunque por dentro estaba a punto de echarme a reír.

—Por supuesto.

—Si son más de las dos. Es de noche. Vámonos a dormir.

—¡Qué estás diciendo!

—¡Vámonos a dormir! —insistí—. Coge la lona por el otro lado, vamos a estirla. Estas colchonetas han quedado hechas un colador... Tendremos que sacar unas mantas del coche. Si ha sido un meteoro, no se nos va a escapar. Además, cuando se haga de día, podemos atravesar el lago, en aquella dirección. El coche no va a poder pasar. Parece haber impactado en la orilla norte, sobre el pantano. ¿Está bien el coche? ¿Funciona?

—Sí, salvo por el parabrisas.

—No está mal. Y ahora, vámonos a dormir.

Robert se puso a murmurar algo sobre los pequeño-burgueses que, incluso durante el fin del mundo, lo único en lo que piensan es en ponerse las zapatillas de paño. Aun así, me ayudó a montar la tienda y colocó dentro una pila de mantas. Habida cuenta de todo lo que había pasado, decidimos esperar al día siguiente para lavar los platos. Estaba a punto ya de quedarme dormido cuando Robert murmuró:

—¡Oye, Karol! He estado pensando... Creo que, estadísticamente, la probabilidad de que el meteoro cayese justo aquí era insignificante, casi cercana a cero. ¿Me estás escuchando? —dijo, levantando la voz.

—Sí, te escucho —contesté enfadado—. Déjame en paz de una vez. Quiero dormir.

Me tapé la cabeza con una de las mantas y me dormí inmediatamente. Me despertó el pitido del claxon del coche. Saqué la cabeza fuera de la tienda y eché un vistazo. Ya hacía mucho que había amanecido, y Robert estaba trajinando alrededor del coche; cuando me vio, empezó a disculparse diciendo que había apretado el claxon sin querer. Lo dejé con la palabra en la boca y me fui hasta el lago arrastrando los pies. Nuestro campamento estaba situado en el extremo de una gran península. Una superficie negra, casi pétrea, en la que se reflejaba la compacta pared del bosque, rodeaba el lago, y aquí y allá se veía alguna brecha por la que penetraba la luz tímidamente. La orilla norte, que habitualmente se dibujaba como una fina línea en el horizonte, resultaba invisible ahora; un banco de niebla blanca se extendía sobre la superficie. Justo detrás de unas rocas gigantescas, se abría el abismo; salté al agua, y al punto me quedé sin aliento. Estaba helada. Rodeé nadando el pequeño cabo antes

de regresar a la orilla de espaldas, dejando que las piernas hiciesen todo el trabajo. Robert estaba arrimando la barca al lago a empujones, pero tuvo que esperar un rato a que yo terminara de desayunar. Obvié sus sugerencias de que nos limitáramos a picar algo durante la expedición. Para empeorar un poco más las cosas, el pequeño motor de la barca no quiso arrancar y nos vimos obligados a limpiar el carburador, de forma que eran ya más de las diez cuando por fin zarpamos.

La desgarrada línea de las boscosas márgenes del lago se extendía a nuestras espaldas; al alejarnos, sentimos que el débil viento del este levantaba algunas olas. El motor trabajaba ruidosamente en medio del aire límpido, haciéndonos avanzar a buen ritmo. Transcurridos más de diez minutos, la orilla se había convertido en una estela lívida y lejana. En cambio, la pared de niebla parecía elevarse por momentos; de ella brotaban vapores blancos que se elevaban hacia el cielo nublado. Viendo lo que nos esperaba, permanecí sentado en el banco mientras mis dudas respecto a nuestra expedición se acrecentaban en mi cerebro, tornándose apremiantes.

Intentaba recordar todo cuanto había leído sobre meteoros y, en particular, sobre el famoso meteoro que había caído en Siberia a principios de siglo. Durante años, multitud de expediciones científicas habían explorado la zona en busca del lugar exacto de la colisión, pero todo había sido en vano. De hecho, cada vez que se topaban con algún nativo de aquellas regiones inaccesibles, este aseguraba que el meteoro había volado por encima de su cabeza y que había caído no lejos de allí. Sin embargo, aún no habían logrado encontrar indicios de qué era lo que se había precipitado sobre la Tierra tantos años antes. Si el meteoro, «nuestro» meteoro, poseía el mismo tamaño que aquel, bien podía haber caído unas millas más al norte, pensé, y la búsqueda entonces se quedaría en nada. Aun así, aquella niebla... Jamás había visto una niebla tan espesa y que ocupara tanta extensión. De repente, reparé en que no se nos había ocurrido siquiera llevarnos una simple brújula para orientarnos. Más allá de la proa, las orillas habían desaparecido y a nuestro alrededor solo se veía un agua negrísima, ondulante, que mecía rítmica y mansamente la barca. Aunque el meteoro hubiese caído cerca, llegar hasta él no iba a resultar sencillo.

Recordé que en el coche llevábamos un mapa de la región, pero, claro está, también se nos había olvidado traerlo. El epicentro de la catástrofe debía hallarse, al menos en teoría, un poco más allá de la zona de árboles derribados. Ni siquiera con buena visibilidad resultaría fácil moverse a lo largo de la orilla; es más, en aquellas circunstancias, se me antojaba prácticamente imposible. De pronto se me hizo evidente que nuestra empresa era simplemente absurda; sin embargo, permanecí en silencio, pues sabía que Robert no entraría en razón por mucho que yo le dijera.

Nos estábamos acercando al muro de nubes y la niebla escupía hacia nosotros largos ramales de vapor que se arrastraban perezosos, pegados a la superficie del lago. Nos vimos rodeados por una claridad blanquecina, y, de nuevo, entre la maraña de vapores, atisé la negra mancha del agua antes de que las lenguas desplegadas de la niebla se cerrasen suavemente en torno a nosotros. Navegábamos casi a ciegas. Un sentimiento de rareza se apoderó de mí: no era miedo exactamente, sino la apabullante sensación de estar aproximándonos a algo increíble, inefable, a algo que, cuando menos lo esperáramos, emergería de la opaca claridad y se haría visible ante nosotros, como venido de otro mundo. Empujé hacia abajo el mango del motor y extraje la hélice del agua.

—¿Qué haces?! —gritó Robert.

Con la otra mano, saqué el remo. Me parecía que algo ominoso estaba a punto de ocurrirnos. En lugar de arremolinarse alrededor de la pala, el agua permaneció inmóvil, como si se tratara de un ente sólido.

—¡Robert! —grité—. La corriente nos está arrastrando.

Estábamos inmersos en una niebla densísima y ni siquiera podíamos distinguir la proa de la embarcación. Con enérgicos golpes de remo, coloqué el bote de lado y luego, de espaldas a la corriente, volví a bajar la hélice; el agua comenzó a hervir detrás de la popa, y pese a que el motor nos empujaba en dirección contraria, la barca siguió avanzando de popa hacia el interior de la nube.

—¡Los remos! ¡Robert, los remos!

La barca, súbitamente, dejó de balancearse. Temblaba muy ligeramente, pero aun así podía percibirse, en estos movimientos insignificantes, la invencible fuerza de aquella corriente poderosísima que volaba,

atravesando la niebla. Estaba cada vez más oscuro y, entre los claros, el agua golpeada con los remos se enturbiaba a causa de los volátiles vapores, tornándola de un tono extrañamente marrónáceo. Nuestros esfuerzos eran inútiles; muy al contrario, viajábamos a tal velocidad que el banco en el que estaba sentado vibraba como una cuerda tensada. De pronto, un motor resonó por encima de nuestras cabezas. «¡Un avión!», gritamos los dos mirando hacia el cielo, presos de una irracional esperanza. Pero no vimos nada. El rumor se fue alejando poco a poco hasta desaparecer; sin embargo, a través del ladrido de nuestro pequeño motor, conseguimos escuchar un rítmico y sordo murmullo, como el de una cascada. Delante de nosotros, en medio de la niebla, surgió una terrible joroba: la barca frenó en seco y se precipitó violentamente hacia abajo. Mediante desesperados golpes de remo intentamos mantener la embarcación en equilibrio, pero todo fue en vano. Sentí cómo el asiento se escabullía debajo de mí; con un golpe frío, la ola me empujó a un lado y caí al agua. Robert ya no estaba, y yo empecé a nadar instintivamente, luchando por mantenerme a flote, aunque lentamente iba quedándome sin fuerzas mientras caía por una especie de curva, precipitándome en dirección a un horrible cráter gorgoteante. Fui absorbido y arrastrado hasta una profundidad insondable, y cuando comencé a notar que el aire me faltaba, entreví unos fuegos rojos antes de perder la consciencia.

Cuando la recuperé, lo primero que sentí fueron náuseas. Me encontraba boca abajo, sobre una superficie tensa y elástica; chorros de agua manaban de mi boca y de mi nariz. Permanecí tumbado durante largo rato, con los ojos cerrados. Algo plano y resbaladizo me golpeaba el costado de forma rítmica; el movimiento comenzaba y se detenía para, al cabo de un tiempo, reanudarse: era como si algún tipo de ser vivo se agitara junto a mí. Poco a poco recuperé la consciencia. Apoyándome sobre las manos, logré sentarme. Entonces empecé a distinguir algo. En derredor reinaba la oscuridad, pero junto a mí vi un reflejo grisáceo y muy débil. A cierta distancia de donde yo me encontraba yacía un objeto grande, que brillaba pálidamente. Mientras tosía, traté de limpiarme la cara con las manos y me quedé inmóvil. Mi camisa estaba mojada y brillaba turbiamente, como si la hubieran escurrido, y se me pegaba a la piel, igual que mi pantalón corto. Mis manos, mis dedos y

mis antebrazos desnudos emitían una luz fosforescente, grisácea. Todo mi cuerpo crepitaba con un fuego turbio y frío. Me froté los ojos maquinalmente, presa de las náuseas. «No es nada, tan solo una alucinación», me decía sin voz. Abrí los ojos, pero la imagen que se alzaba ante mí no había desaparecido, al contrario: poco a poco iba desvelándome nuevos misterios. Pronto descubrí que aquella forma cercana era Robert, cuyo cuerpo, al igual que el mío, brillaba en la oscuridad. Con gran esfuerzo me incorporé y avancé hacia él de rodillas. Le sacudí cogiéndole de los hombros, una y otra vez, y al fin recuperó la consciencia: sus ojos oscuros se recortaban en su rostro como dos manchas negras. Empezó a respirar más profundamente, de modo tan ansioso que se atragantó y escupió agua. Demasiado débil para levantarme, me quedé sentado, esperando a que volviera totalmente en sí.

—¿Qué es esto, Karol? ¿Nosotros... dónde estamos? —dijo al final con voz ronca.

Permanecí en silencio, observando cómo se levantaba, tambaleándose, y cómo descubría él también el mismo brillo extraño que acababa de deslumbrarme a mí tan solo un momento antes. Poco a poco, fue recuperando las fuerzas. Yo, con la cabeza más despejada, respiraba de modo más calmado. Me puse de pie, al lado de Robert, y nos miramos: la opaca y pálida irradiación de su piel tornaba increíbles sus rasgos, hasta entonces tan familiares.

—¿Qué es eso? —dijo Robert dando un paso adelante; se tambaleó mientras algo se escurría de debajo de sus pies, agitándose de manera escandalosa.

Me agaché y una forma temblorosa y resbaladiza se deslizó entre mis dedos.

—Un pez —dije con sorpresa.

—¿Un pez? Pero... está brillando... —balbuceó Robert.

En efecto: el pez reptaba mientras un pálido resplandor parecía atravesar sus escamas.

—Brilla igual que nosotros, pero con menos intensidad —dije, mirando a mi alrededor.

Por doquier había peces fosforescentes que golpeaban apáticos el suelo, que se hundía, según observé, cuando yo lo pisaba. Intenté exami-